

# Nueva narrativa centroamericana: breve panorama I



*Moisés Elías Fuentes*

SIEMPRE QUE UN CENTROAMERICANO HABLA sobre la literatura del Istmo, casi por fuerza recalca en el hecho de que en comparación con los grandes centros culturales de América Latina (México, Bogotá, Sao Paulo, Buenos Aires, La Habana), los países centroamericanos padecen una escasez casi congénita de suplementos o revistas culturales, lo que estrecha las posibilidades de presentar expresiones creativas, a la vez que impide la apropiada difusión del quehacer cultural. El hecho es cierto y está vigente. En Centroamérica se ha publicado y se publica, contra viento y marea, como antes lo fue contra dictaduras y conservadurismos que veían la literatura como una enemiga digna de todo su odio.<sup>1</sup> Se publica, porque se ha escrito y se escribe y se ha leído y se lee, lo que deja en claro la disposición a las artes en general y a la literatura en particular.

---

<sup>1</sup> Una de las principales fuentes de información para este texto ha sido *Puertos abiertos. Antología de cuentos centroamericanos*. Selección y prólogo de Sergio Ramírez. Fondo de Cultura Económica. Colección Tierra Firme. México, 2011. Aunque pueden hacerse algunos cuestionamientos respecto de los criterios de selección en que se basó el escritor nicaragüense para elaborar dicha antología, en general, ésta presenta un panorama sólido de la narrativa actual en Centroamérica. También ha resultado de gran ayuda consultar los suplementos culturales de *Diario Co Latino* (El Salvador), *El Periódico* (Guatemala), *El Nuevo Diario* (Nicaragua) y la revista cultural en línea [www.caratula.net](http://www.caratula.net) (Nicaragua).



Expedición arqueológica en Tikal. (Fotografías: Fritz Goro/Time Life Pictures/Getty Images)

Vale la pena aclarar otro aspecto que en más de un sentido ha signado a la literatura centroamericana, y es la creencia generalizada de que en el Istmo sólo se escribe poesía, en detrimento de las expresiones narrativas o teatrales. Si bien la influencia de autores como Rubén Darío, Luis Cardoza y Aragón o Roque Dalton se ha reflejado en la emergencia de varias generaciones de poetas, no menos cierto es que al parejo se han escrito textos narrativos y obras teatrales, que no por poco difundidas carecen de fuerza creativa.<sup>2</sup> Autores como Pablo Antonio Cuadra o Ernesto Mejía Sánchez —por

mencionar dos poetas nicaragüenses— fueron también narradores, aunque quizá no tan prolíficos en el cuento como en el poema, lo que no significa que su narrativa sea poco atractiva. Lo es, pero necesita ser escuchada, atendida más allá del discurso poético.

A esto hay que agregar otro juicio, no menos tendencioso que el anterior, que da por sentado que la narrativa centroamericana es de corte regionalista, lo que la inhibiría de participar en el diálogo de las narrativas hispanas. Esta opinión contrasta con la presencia que han alcanzado, a nivel del continente, narradores como el salvadoreño Manlio Argueta o el panameño Enrique Jaramillo Levi, escritores “localistas” que tienen un lugar asegurado entre las voces destacadas de la literatura hispanoamericana.

<sup>2</sup> La importancia de la narrativa en el Istmo la señalan puntualmente Gilberto Mendonça Teles y Klaus Müller Bergh en *Vanguardia latinoamericana. Historia, crítica y documentos. Tomo I, México y América Central*. Iberoamericana. Segunda edición. Madrid, 2007.



Si revisamos someramente la creación vanguardista de Centroamérica, hallaremos joyas de creatividad e inventiva narrativa. El guatemalteco Miguel Ángel Asturias se movió a sus anchas en el cosmos narrativo, tanto como su compatriota Cardoza y Aragón lo hizo en el poema en prosa y en la anti poesía. Pero no fueron casos aislados; a la par de ellos se advierten otras voces que por igual se desarrollaron en la prosa y el verso, encontrando para ambos acentos distintivos y distinguibles.

La prosa y el verso salvadoreños no podrían entenderse en su rápida maduración sin los relatos de Salvador Salazar Arrué “Salarrué”, maestro del cuento vernáculo, pero también de los cuadros hiperrealistas y del relato fantástico. El hondureño Arturo Mejía Nieto aportó a la narrativa de su país una prosa que combinaba innovaciones vanguardistas con devaneos románticos, deliberadamente “muy antiguo y muy moderno”, como quería Darío, mientras que José Coronel Urtecho jugaba con la mezcla de lo vernáculo y lo surrealista, consiguiendo piezas maestras de concisión y refinamiento narrativo.

Fantasia y surrealismo junto a expresiones y giros vernáculos los identificamos también en la obra del costarricense Max Jiménez, autor experimental como pocos, así como lo fue su vecino el panameño Rogelio Sinán, hábil creador de historias cotidianas que devenían aventuras fantásticas, y de paso, avezado autor de piezas teatrales para niños, algunas de las cuales han hecho las delicias de generaciones de infantes, tanto panameños como de los otros países del Istmo.



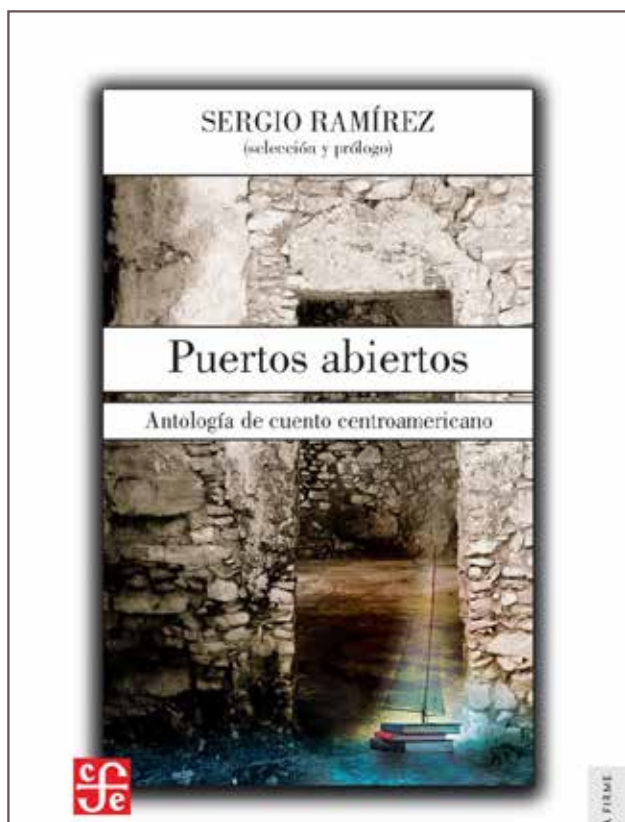
También ha dado el Istmo escritoras sólidas, de voz perdurable, algunas injustamente mal escuchadas en su momento, e incluso hoy apenas valoradas en su verdadera dimensión, como la hondureña Lucila Gamero de Medina, las guatemaltecas Astrid Novamendi y Ana María Rodas o la nicaragüense Rosario Aguilar. En este panorama de escritoras, cobra alto relieve la trinidad de talentos femeninos que Costa Rica dio al Istmo y al Continente: Yolanda Oreamuno, Eunice Odio y Chavela Vargas. Fuertes y frágiles a un tiempo, briosas y ateridas por la soledad que siempre las acompañó, sólo Chavela, abrigada por su jorongo y su voz al claroscuro, alcanzó la vejez. Mujeres de su época, supieron trascenderla. Las tres adoptaron otra nacionalidad, lo que subrayó su otredad. Yolanda fue una lograda narradora que dejó textos vanguardistas llenos de provocación y fuerza dramática, como provocadores, desconcertantes y elusivos son los poemas que escribió su amiga, Eunice, en cuyo departamento de la ciudad de México falleció, sola, como sola falleció años después la misma Eunice, también en dicha ciudad.

Para la difusión de la literatura centroamericana en particular y latinoamericana en general, no puedo pasar por alto a otro costarricense, Joaquín García Monge, brasa y llama de la comunión literaria, quien dedicó su vida a la publicación de una revista, el *Repertorio americano*, obra de arte en sí misma, en la que se dejaron oír lo mismo voces cubanas que mexicanas, colombianas que argentinas. García Monge demostró con su esfuerzo, su entusiasmo y su don para cultivar amistades duraderas, que Centroamérica podía comunicarse con el Continente, dejar la marginalidad y descubrir que era una región heterogénea, no un resabio de influencias tardías, y sí semillero de escritores plenos de inventiva y de afán innovador. A pesar de que ha habido en el

Istmo otros esfuerzos de difusión literaria, algunos por demás loables, nunca se ha vuelto a conseguir un proyecto con la magnitud del *Repertorio americano*.

He aquí, pues, que la literatura centroamericana ha vivido su propia aventura vital, una y otra vez orillada por circunstancias nacionales a la marginalidad, una y otra vez tozuda y lo suficientemente arrojada como para reclamar su lugar en el desarrollo cultural de la región, y para hacer oír su voz crítica ante las desigualdades y asimetrías que laceran y violentan a esa franja de pequeños países. La nueva narrativa centroamericana se ha nutrido de ese bagaje cultural contrastante, de esa aventura vital que ha mantenido el sentido de identidad de los centroamericanos aun a contrapelo de las tendencias de “blanquitud” de una buena parte de la población del Istmo emigrada a Estados Unidos, Canadá e incluso Europa. También esta aventura ha criticado a ciertos sectores de centroamericanos que habitan en la región, que al igual que una parte de los exiliados ceden a la “blanquitud” y su fácil salida.<sup>3</sup>

La literatura centroamericana en el exilio y la producida en el Istmo han sido conscientes de este fenómeno, y han tomado una actitud crítica al respecto, actitud en que se ponen en tela de juicio tanto los valores identitarios como los nuevos valores, en los que se revisan los hechos históricos y sociales que provocaron la inmigración —guerras civiles, dictaduras, radicalismos ideológicos, invasiones dirigidas o llevadas a cabo por fuerzas externas, etcétera—, a la vez que se cuestiona la pertinencia o no de la “blanquitud” como respuesta a un desarraigo violento y por ende traumático. ■■



<sup>3</sup> Echeverría, Bolívar. *Modernidad y blanquitud*. Ediciones Era. México, 2010. En este libro, el filósofo ecuatoriano radicado en México definió “blanquitud” como el fenómeno social por el cual los individuos de países periféricos exiliados en regiones hegemónicas tienden a deplorar sus raíces identitarias y abrazar las costumbres y pensamientos de la región a la que han emigrado.